

# Angie

Una novela de

*Eduardo Acevedo Regidor*



INFO ABOUT RIGHTS

1701010272157

[www.safecreative.org/work](http://www.safecreative.org/work)

© Eduardo Acevedo Regidor 2017

Todos los derechos reservados

La venganza es el manjar más sabroso  
condimentado en el infierno.

*Walter Scott.*

Ojo por ojo y el mundo acabara ciego.

*Mahatma Gandhi.*

Dedicado a una guerra estúpida que, como  
todas, engrandeció el odio.

## Sarajevo 1995

Gabriel Márquez cruzó las puertas de plástico abandonando el hospital quirúrgico de campaña, en una mano llevaba un botellín de Sprite, con la otra rebuscaba en un bolsillo de su pantalón. Respiró hondo, había perdido la cuenta de las horas que llevaba allí dentro. Miró alrededor buscando un lugar tranquilo donde sentarse unos minutos, la actividad era frenética, compañeros corriendo de un lugar para otro, helicópteros, camiones blindados, coches armados. Al fin extrajo el paquete de Camel y el encendedor, como médico debería dar ejemplo, pero necesitaba fumar un cigarrillo y relajarse unos minutos, se sentó en el guardabarros de un camión a pocos metros de la carpa, tomó un buen trago del botellín y lo dejó a la sombra. Miró al cielo brumoso, hacía bastante calor, y una extrema humedad lo hacía muy molesto. Cuando acercaba la llama del encendedor al cigarrillo oyó una sirena, seguidamente por el camino central apareció una ambulancia a toda velocidad que con un chirriar de ruedas frenó con brusquedad a pocos metros de él. La parte trasera se abrió de golpe y bajó un soldado que apenas conocía de vista portando un cuerpo pequeño, echó a correr frenético hacia la carpa y atravesó las puertas desapareciendo en el interior.

Gabriel aplastó el pitillo con el pie y lanzó la botellita de refresco al contenedor, el cuerpo que portaba el soldado no parecía de un adulto. Sin perder tiempo penetró de nuevo en la carpa.

En el box del fondo se agolpaban auxiliares y enfermeras, el soldado se cruzó con él cabizbajo y sin verle. Cuando Gabriel llegó quedaban tres auxiliares y dos enfermeras repartiéndose frenéticamente las labores. Una enfermera conectaba los aparatos de monitorización mientras otra buscaba la vena para coger una vía, las auxiliares se repartieron las tareas de cortar la poca ropa que quedaba y limpiar con mucha suavidad la cara y los miembros. Gabriel tardó treinta segundos en enfundarse la bata, los guantes, el gorro y la mascarilla. Observó que se trataba de una niña de unos nueve o diez años, desde el pecho hasta los pies era toda una mancha de sangre, especialmente se concentraba en la pelvis. Respiró hondo, había visto muchas lesiones en aquel hospital en medio de la contienda, algunas escalofrantes, pero casi todas en adultos. Al ver aquel pequeño cuerpo ensangrentado se estremeció, miró los monitores y se puso a dar órdenes frenético, sedante, antibiótico, suero. No se percató de que no había cambiado el idioma, pero al parecer todos le entendieron. La niña recibió en su vena todo el producto benefactor de la medicina moderna. Esperó que el calmante hiciera efecto y detuvo a la auxiliar que en ese momento limpiaba el pubis, lentamente, con mucha delicadeza separó las piernas de la criatura.

¡Dios! La exclamación le salió espontánea, como si le hubieran apuñalado en el pecho. Las cinco mujeres que estaban alrededor se quedaron petrificadas, con la vista fija en el trozo de madera que asomaba por la pequeña vagina.

Gabriel estiró y flexionó los dedos varias veces antes de hurgar en la bandeja del instrumental para coger unas pinzas, concentrado como si fuera a enyesar la pata de una mosca comenzó a extraer el objeto. Treinta minutos después terminaba de suturar y miraba los monitores por enésima vez, aunque débiles, las constantes se mantenían. Había logrado, al menos de momento, contener la hemorragia. Sintió que alguien le pasaba una gasa húmeda por la frente, agradeció con un gesto la humana iniciativa de Sheila, la joven enfermera española que casualmente se encontraba siempre con él en los descansos y paseaba a su lado por los alrededores del tinglado castrense. Podría ser su hija, pero a Gabriel no se le había escapado el interés, y casi diría idolatría de la excelente enfermera hacia él. Sabía por los compañeros que pensaba cursar medicina en cuanto regresara a España, con poco que perseverase se convertiría en una excelente doctora.

Fue a pedir a Sheila el equipo de rayos X portátil, pero al volver la vista vio que Stacey, la otra enfermera, ya lo empujaba hacia la camilla. Gabriel quería asegurarse de que aquel trozo astillado no hubiera dejado restos en el interior, rezó por que así fuera, pero al parecer no fue escuchado. Todos quedaron mirando horrorizados el monitor, al menos se contaban cinco

trozos, probablemente empujados con el que acababan de extraer, estaban muy dentro, espeluznantemente introducidos por algún ser poseído de una profunda maldad.

Fue a pedir una transfusión inmediata, pero John Martin, el otro médico mostraba ya en una mano tendida una bolsa de color rojo oscuro, no apartaba la vista del monitor, estaba petrificado. Gabriel le arrebató la bolsa y se la pasó a Sheila que de inmediato se dispuso a buscar vía en el otro brazo de la niña.

Gabriel estudiaba concentrado los objetos apiñados dentro del pequeño cuerpo. Miró a John en busca de opinión, pero este negó desolado con la cabeza. Gabriel se resistía a darse por vencido, jamás lo había hecho.

—Debo extraerlos, si no lo hacemos morirá, la hemorragia interna es inminente.

—Sabes que no es esa la solución, —dijo John en el mismo idioma, puesto que hablaba perfectamente español— mira bien, lo único a intentar...

—Histerectomía, lo sé.

John asintió convencido, tenía diez años menos que Gabriel, pero era un médico excelente, un todo terreno que ya había visto lo suyo, tanto en la paz como en la guerra. Además de aprender a diario de la experiencia y buen hacer de Gabriel le servía de una inestimable ayuda, aquí la jerarquía militar no tenía ningún sentido, el hospital era norteamericano y él se suponía que

debía estar al frente de los veinticinco galenos de diferentes países que componían la plantilla en aquellos momentos, pero ante médicos tan experimentados y buenos como Gabriel lo más sensato era ponerse a su disposición. Se acercó y le puso la mano en el hombro.

—Espera unos minutos que avance la transfusión, las constantes están mejorando.

Gabriel recorrió con la mirada los monitores, los datos eran esperanzadores, pero no se engañaba, la niña moriría si no la limpiaba, y para ello debería mutilarla para toda la vida. Y aún así...

—Calculo que las posibilidades son de un treinta por ciento —dijo John.

—Estoy completamente de acuerdo, quizá menos.

—Pero...

—Hay que intentarlo, eso sin duda. Prepara todo, por favor, vuelvo en cinco minutos.

Gabriel salió del box y se despojó de bata y guantes camino del exterior, necesitaba un poco de aire antes de emprender la delicada tarea. Se sentó en el mismo lugar que antes, pero esta vez sí encendió el pitillo. Iba a levantarse a buscar algo de beber cuando alguien se plantó frente a él y le tendió un refresco, era el compañero que había entrado en la carpa hospital con la niña en sus brazos.

—Soy Santos Gómez, cabo a su servicio, doctor —le tendió la mano y Gabriel se la estrechó.

—Gabriel Márquez, encantado, cabo.

—Lo sé, aquí conocemos todos al mejor médico español que tenemos.

—Querrá decir el único.

Ambos sonrieron mientras Santos se sentaba a su lado, sacó un paquete y encendió un cigarrillo, mantenía la mirada pesarosa fija en el suelo, Gabriel le observó en silencio, Santos parecía rememorar algo y ponerlo en orden, finalmente comenzó a hablar:

—Casi nunca miramos en las zanjas, es tanta la barbarie que terminas por volverte ciego y sordo, es como si una locura colectiva se hubiera apoderado de las gentes de esta región, acaban con la vida de sus semejantes por ser de etnia o religión diferente, pero no conformes con esto lo hacen de la manera más cruel posible. No sabría explicar por qué he saltado del camión, el sargento me ha seguido, diciendo algo de mi madre y dando orden de detener el convoy. Al acercarme al borde he mirado la montonera de cuerpos, brazos, piernas, cabezas, todo mezclado como en un revoltijo macabro. Justo encima, a pocos metros de mí, un cuerpecito semidesnudo y muy blanco destacaba como una flor en medio de un trigal segado. En ese momento el sargento me ha agarrado del cuello y me ha dado la vuelta increpándome, no recuerdo lo que me ha dicho, pero nada bonito, a empujones me ha enfilado hacia el camión que esperaba. Yo iba pensando que algo no cuadraba en el grotesco cuadro que acababa de mirar. Aquel cuerpo no estaba mezclado con los demás sino sobre ellos, como si



hubiera sido echado posteriormente. Pero sobre todo había algo que... Los cuerpos amontonados en las zanjas parecen querer hacerte partícipe del horror que experimentan al morir y la mayoría mantienen los ojos abiertos... ¡Aquella niña los tenía cerrados!

A punto de subir al camión me deshice de la garra del sargento y volví a la zanja, esta vez salté, y pisando los cuerpos caí de rodillas justo al lado de la criatura, el hedor era insoportable pero me sobrepuse. Tanteé su pulso sin encontrarle, desesperado me tumbé hasta poner mi cara muy cerca de la suya, me pareció sentir algo, seguidamente puse mi oído en su pecho con torpeza, el latido era muy débil pero... ¡Estaba viva! La levanté como pude y corrí como loco hacia el camión, no sé de donde saqué tanta fuerza para correr y saltar así con ella. El sargento me ayudó, había desaparecido toda su fiereza, ahora daba órdenes frenéticas de ir a toda leche hacia el hospital de campaña. El camión apenas coge velocidad, nos estábamos desesperando cuando vimos una ambulancia de los franceses que pretendía adelantarnos, la cortamos el paso, me recogieron y volaron hasta aquí. Ha sido un trayecto de apenas una hora, pero es como si yo luchara por su vida más que ella, han sido los sesenta minutos más angustiosos de mi existencia, escuchar su pecho, acurrucarla de nuevo, rezar, volver a escuchar su pecho, limpiar sus labios, rezar, escuchar, llorar...

Santos detuvo su relato y por primera vez en varios minutos miró a Gabriel.

— ¡Sálvela doctor! Opongámonos a esta barbarie de muerte y locura salvando la vida de esa criatura.

—Haré lo que pueda Santos, pero tiene pocas posibilidades. En cualquier caso no dude ni por un momento que su relato y su entusiasmo por salvarla me han dado fuerzas.

Gabriel se puso en pie y palmeó la espalda del cabo. Suspiró largamente, miró el cielo brumoso y dijo:

— ¡Vamos allá!

En el quirófano estaba todo preparado, la paciente mantenía las constantes, Sheila y Stacey esperaban instrucciones, Gabriel se enfundó la bata y el resto del equipo de protección mientras indicaba en inglés, ya que Stacey no hablaba una palabra de español, las funciones de las que sería responsable cada una. A Sheila le señaló los monitores, lo cual significaba que se ocuparía de la anestesia y las constantes, o lo que es lo mismo mantenerla con vida, Stacey estaría a su lado asistiendo la intervención: pinzamientos, aspiración, sutura, etc. Mientras se concentraba y procuraba relajarse cayó en la cuenta de que era una responsabilidad enorme para la joven Sheila, si la niña moría se sentiría culpable, pero Stacey era todavía más inexperta aunque fuera más mayor, debería llamar a John pero no era prudente dejar el resto del hospital sin médico durante horas. Stacey ya estaba embadurnando el abdomen de la paciente con líquido amarillo cuando súbitamente se abrió la cortina.

— ¡Todo arreglado! A tu disposición mientras no venga una urgencia, dime que quieres que haga.

Gabriel no preguntó, conociendo a John habría dejado todo bien atado, suspiró aliviado y le señaló los monitores.

—Controla la anestesia y...

—Ok. *Boss*, a lo tuyo.

John ya se había puesto los guantes y subido la mascarilla, su mirada se tornó concentrada y profesional y apartó a Sheila con delicadeza tomando el control. Gabriel llamó a Sheila a su lado y designó a Stacey para asistirles a todos en general, tarea nada desdeñable que consistía en adelantarse en la preparación del instrumental, medicación, limpieza, etc. Tras varias aspiraciones seguidas el médico jefe tomó el bisturí y efectuó la incisión.

La intervención duró dos horas treinta y siete minutos durante las cuales hubo varias caídas vitales, de ellas fue la última la más brutal. La intensa hemorragia hizo saltar las alarmas y el “bip” entrecortado quedó en sonido continuo, la línea plana en el monitor parecía traducir en su idioma electrónico la palabra muerte. Stacey abandonó precipitada el box sin recibir orden alguna, John cargó las palas y apartó a sus compañeros, durante las tres descargas ninguno respiró, pasó más de un minuto hasta que el “bip” continuo finalmente se detuvo y osciló la línea plana en el monitor, primero con un simple saltito, luego otro

más pronunciado... Stacey volvió portando otra bolsa de sangre y murmurando en inglés “Algún día mataré a esa idiota”.

Gabriel dejó escapar un suspiro de alivio, el muy bobo había pensado que la enfermera era una desertora ante la muerte inminente de la paciente. La idiota a la que se refería era la responsable del almacén de fármacos y material médico, una francesa cuyo celo profesional era legendario, además de no entender una palabra de inglés (y Stacey no hablaba francés) tenía como norma hacerte cumplimentar un formulario aunque te llevaras una jeringa desechable, en cuanto a la sangre debías demostrar que era tan imprescindible que la vida del paciente dependía de ella. Imaginó la escena y no pudo evitar sonreír mientras escuchaba como música celestial el fuerte sonido del monitor en un “bip, bip...” pausado pero firme.

Se disponía a suturar cuando John le arrebató el instrumento y miró a Gabriel guiñando un ojo, levantó el pulgar señalando los monitores y dijo en inglés:

—Excelente trabajo, jefe, descanse un rato, ya termino yo.

Gabriel comprendió que no admitiría réplica y suspiró bajando la mascarilla y quitándose el gorro, estaba exhausto, lentamente salió del quirófano y se dirigió hacia los lavabos. Vació su vejiga y se aseó a conciencia, sin dejar de pensar en la niña, de momento había logrado sobrevivir, era un cuerpo joven y

probablemente resistiría las próximas horas cruciales, todo dependía de las posibles infecciones y su lucha natural contra ellas. No recordaba una intervención tan delicada en todo su dilatado ejercicio, ya hacía más de quince años desde la primera que realizó como responsable principal con solo treinta. Pero en realidad era todo el equipo quien meritaba en estos casos el trabajo bien hecho. Había realizado unas cien intervenciones en los doce meses que llevaba allí. Civiles y militares de todas las edades, ancianos, jóvenes e incluso niños, pero a estos últimos jamás a vida o muerte. Y hasta la fecha solo había perdido un paciente en la mesa, una mujer de ochenta y siete años. No era creyente, su Fe era la ciencia pero intuía que algo había ahí arriba, cerró los ojos con fuerza y muy cansado murmuró “gracias”.

Cuando regresó al quirófano solo quedaban Sheila y una auxiliar, John y Stacey habían ido a atender al resto de pacientes. La niña estaba tapada hasta la barbilla, ya no la cubría la mascarilla, tras comprobar los monitores Gabriel observó detenidamente su carita, “había salvado la vida de un Ángel” —se dijo. Pero si se recuperaba, y así lo esperaba, le quedaría encajar la noticia de su mutilación femenina de por vida, tal vez se pudiera esperar unos años para decírselo a la niña, pero a los padres no se les podría ocultar. “¡Los padres, la familia! Había que buscarlos de inmediato”. Tras dar algunas instrucciones a Sheila en cuanto a medicación salió corriendo de nuevo hacia el exterior.

No tuvo que hacer mucho esfuerzo para encontrarlo, Santos estaba sentado en el mismo sitio, no se había movido de allí. El cabo se levantó como un resorte y corrió hacia Gabriel interrogándole con la mirada.

—Es pronto, las próximas cuarenta y ocho horas son críticas, pero creo que sí, que saldrá adelante.

—Gracias a Dios, es usted... —Santos le abrazó, haciendo que se le humedecieran los ojos.

—Oiga, cabo, necesito informar a su familia, me tiene que decir dónde la encontró.

—Por supuesto, ha sido en Potocari, a unos 100 Km. Puede que más, al este de aquí, en la región de Srebrenica, solo tiene que solicitar la orden y nos pondremos en marcha, yo mismo iré en la patrulla para buscarlos, informarles y traerles si así lo piden, pero antes...

—Sí, Santos, puede pasar a verla unos minutos pero póngase las protecciones, no querrá que se nos vaya por una infección.

—Descuide, me cubriré hasta los ojos.

Gabriel sonrió, un gran tipo este Santos —se dijo. Pensó que no sabía nada de él, pero desde luego su relato le había impresionado, por su acento latinoamericano dedujo que era colombiano, dado que solo dos países suramericanos más participaban en la “UNPROFOR”, y desde luego Santos no era argentino ni brasileño. Enseguida pasó a pensamientos prácticos y prioritarios, esa niña que estaba ahí dentro tendría familia y era su deber informarles. De pronto cayó en la cuenta de la frase de Santos “solo tiene que solicitar

la orden” claro, a menudo en el desarrollo de su profesión se olvidaba de la graduación en la jerarquía castrense que como médico llevaba implícita, en su caso era capitán. Lo podía solicitar directamente al mando y ponerse al frente de la patrulla si éste le daba permiso, claro. Necesitaría un transporte, un intérprete y a Santos. A paso vivo se dirigió a la carpa de mando. Tras sortear vehículos, compañeros corriendo de un lado para otro a cumplir órdenes, polvo que se masticaba cuando los helicópteros sobrevolaban a pocos metros por encima de su cabeza, gritos, y algún disparo a lo lejos, llegó por fin al punto de reunión de sus compañeros más ilustres donde un nutrido grupo de oficiales de varios países se pasaban tazas de café y bollos envasados procurando hablar todos en inglés para no desairar a nadie. Era curioso como se había establecido de forma tácita este idioma cuando en cualquier grupo proliferaban originarios de habla latina, ya fueran italianos, españoles, latinoamericanos o franceses, pero en la ONU y sobre todo en la OTAN quien proporcionaba medios materiales y asesoramiento estratégico eran los EEUU. Aunque apenas participaran en esta guerra, donde parecían delegarlo todo en los europeos, pero el idioma generalizado en las reuniones era el inglés, y eso nadie se atrevía a cuestionarlo. Así pues en este idioma, para que todos se enterasen, contó la historia y su necesidad urgente a su superior español y éste a su vez lo transmitió al francés al mando desde marzo de aquel año. A éste no le hizo ninguna gracia que el médico se jugara la vida por buscar a los familiares de una víctima, pero ante la insistencia personal de Gabriel

decidió ceder, siempre y cuando llevara una escolta numerosa y bien armada. En menos de media hora estuvo todo listo; tres vehículos “Hummer” blindados y armados como para invadir Sarajevo partieron hacia Potocari, en la región de Srebrenica.

En esta región, bajo la supuesta protección de cuatrocientos cascos azules holandeses, solo una semana después llegaría el general Ratko Mladić para llevar a cabo el genocidio más atroz desde la segunda guerra mundial y que avergonzó a las tropas de “UNPROFOR”, como si un gigante hubiera presenciado a un pequeño agresor matar a otro más pequeño aún, y sin hacer nada para evitarlo. Se defenderían afirmando que Radovan Karadžić, presidente de la Republika Sprska les mantuvo engañados a los dirigentes de la ONU y la OTAN, que no cursaron ninguna orden de intervención hasta que el hecho estuvo consumado. Pero esto no lo podía imaginar Gabriel ni los miembros de la patrulla que ahora se dirigían a la masacrada región.

En una hora y quince minutos tomaron el desvío que serpenteaba por la frondosa y verde región entrando en Potocari.

Dos patrullas de cascos azules holandeses se les unieron a la entrada de la población y, una vez fueron informados del asunto que traía al pueblo a los compañeros de la base de Sarajevo contactaron con su mando, que les dijo que le acababa de llamar el comandante, y les dio orden de colaborar.



Uno de los Hummer se posicionó en el centro del pueblo dispuesto, junto con las patrullas holandesas, a sofocar cualquier intento de agresión por parte de los serbo-bosnios que trataban de controlar la región. Las órdenes eran claras: no podían disparar salvo en defensa propia.

Después de que Santos corriera la voz por todo el campamento informando de lo que habían hecho con una niña de diez años, aquellos jóvenes armados estaban impacientes por fulminar a cualquier agresor que se les pusiera a tiro.

Los otros dos vehículos fueron guiados por Santos hasta el montón de cuerpos del cual éste había rescatado a la niña. Allí comenzaron a preguntar ayudados por la traductora croata que les acompañaba. A pocos metros del macabro hacinamiento de cadáveres comenzaron a agolparse vecinos, algunos de ellos armados. Las armas de los compañeros de Gabriel se tensaron y todos pudieron escuchar la mortífera puesta a punto y el quitar de los seguros. De todos era sabido el encono que existía hacia las fuerzas de la ONU por parte de los bosnio musulmanes, que eran los habitantes de aquella región, y que no perdonaban la poca protección que según ellos habían recibido de los occidentales ante la ilegítima invasión de los serbios.

Anja, la traductora croata, estuvo a punto de echar a correr con las mujeres del pueblo que salieron disparadas en todas direcciones a refugiarse. Mantuvo

la serenidad repitiendo en inglés que solo venían para informar de una niña del pueblo que habían curado. Todo se calmó cuando los hombres armados, unos cincuenta al menos, tiraron sus armas al suelo. Gabriel observó a Santos a su lado cómo volvía a poner el seguro de su arma y lo bajaba despacio, miró al suelo y comparó los fusiles de los bosnios con el del colombiano y el resto de la patrulla, incluida su propia pistola automática. Desde luego el aspecto de las armas de los bosnios era más fiero, pero la fiabilidad debía distar mucho del armamento occidental.

Calmados los ánimos fueron regresando el resto de vecinos de la población, entre unos y otros se pasaban la información descriptiva que Anja les daba. A los pocos minutos se adelantó un niño que había estado escuchando en un grupo de otros diez de entre siete y once años aproximadamente.

La niña se llamaba Andelka Vukovic y era uno de los niños huérfanos acogidos en un orfanato improvisado a la espera de ser trasladados a la capital. El niño contó que varios militares enemigos les habían perseguido la noche anterior, todos ellos lograron escapar y esconderse, pero de Andelka no sabían nada desde entonces. Un hombre alto, con un gorrito y ademanes de ser alguna autoridad musulmana, y que dijo llamarse Tarik, se acercó a Anja y la dijo que había informado y pedido ayuda para ellos pero nadie le hacía caso. Gabriel preguntó qué debía hacer con ella cuando sanase, a lo que el alto musulmán bosnio replicó con un encogimiento de hombros.

—Pues dígale, que cuando esté recuperada se la volveré a traer para que vuelva a unirse a su pueblo, no tengo otra opción —dijo Gabriel a Anja.

Cuando ésta hubo traducido el bosnio del gorrito agarró a Gabriel suplicando que no lo hiciera, que allí moriría, que por favor la entregara a sus jefes, que la dieran asilo en occidente. “No tiene a nadie” repetía gesticulando como un loco, después señalaba al resto de niños, y añadía “ellos tampoco”.

—Pregúntele dónde está el alcalde o quien haga las funciones de gobierno del pueblo.

Anja tradujo y el hombre respondió señalando a uno de los que había arrojado su arma al suelo.

—Tarik dice que el alcalde murió el mes pasado, el gobierno ahora son los vecinos armados. Pero él se hace responsable de estos niños —el hombre alto volvió a gesticular y agarrar al médico—, le pide de nuevo que por favor le ayude a llevarlos a lugar seguro.

—Dígale que yo solo puedo atender sus enfermedades, no su orfandad, pero que hablaré con mis superiores del caso de Andelka y del resto de huérfanos del pueblo. Pregúntele si hay documentos de los niños.

El hombre miró al médico con ojos de gratitud mientras Anja traducía:

—Le agradece en nombre de Alá su gesto y buena intención, los papeles los tiene él, no de todos los niños puesto que las casas de algunos quedaron destrozadas, pero de Andela, que así llaman aquí a la niña, sí los

tiene, si espera aquí se los traerá. Pero... le pide otro favor...

Gabriel, que miraba al musulmán volvió la cabeza hacia Anja cuando paró de hablar evidentemente sin haber terminado de traducir. La animó impaciente a hacerlo.

—Debe llevarse al resto de niños.

—No puedo.

—Espera que de un momento a otro les ataquen, esta región es objetivo de los serbios. —Anja bajó la voz, y casi en un susurro añadió—: No se fíen de ellos — señaló con disimulo al grupo de holandeses.

Gabriel se acercó al bosnio y le cogió de los brazos como había hecho él. Miró a los ojos al hombre y pidió a Anja que tradujera con el mismo énfasis que él le diera.

—Tarik, le prometo que pienso mover este asunto y pedir la evacuación de estos niños, solo soy un médico, pero también capitán del ejército español. Ahora por favor proporcióneme los documentos de la niña y una lista con los nombres, edad y posibles parientes en otra región del resto de niños. Esperaré aquí.

Si Gabriel hubiera sabido el destino de esos niños se los habría llevado con él ese mismo día. Pero no podía actuar de otro modo si no quería verse metido en un buen lío por tomarse atribuciones que no le correspondían. El caso de Andelika era diferente por

estar herida de consideración. Y solo ella pudo salvarse, los otros nueve niños fueron asesinados por las tropas serbias ocho días después.

Tras tomar un refrigerio con los compañeros holandeses en su campamento, volvieron a Sarajevo.

Al parecer todos estaban enterados de su proeza en el quirófano, y aunque a simple vista parecían lobos a punto de acabar a mordiscos con la locura desatada en Bosnia se habían enternecido con la niña operada a vida o muerte, allí todos saludaban a Gabriel como si fuera un héroe. “Por favor, que no se muera la criatura”, pensó éste.

La niña mantenía las constantes cuando el médico entró, con Santos pegado a sus talones, para comprobar su estado. Junto a ella estaba Sheila sentada en un taburete, tenía una mano de la niña en la suya mientras con la otra sujetaba un libro, se levantó al verlos entrar.

—Si os quedáis unos minutos voy un momento al lavabo.

—Tómame el tiempo que quieras, y ve a ver si te necesitan por ahí —dijo Gabriel.

—John me ha eximido de momento, prefiere que al menos hoy no la dejemos sola.

—Yo te relevaré, pediré permiso al sargento —dijo Santos.

—Me parece bien, yo también andaré por aquí, aunque deberé atender al resto de pacientes.

A la mañana siguiente cuando entró de nuevo en el box, Gabriel encontró a Santos medio dormido con una mano de la niña entre las suyas. El colombiano era un tipo bastante robusto, alto y muy fuerte, además tenía una mandíbula pronunciada y hacia fuera lo que le confería un aspecto feroz, al menos que sonriera, cosa que solía hacer todo el tiempo, tal vez con la sola intención de suavizar su aspecto y hacerlo más acorde con su gran corazón.

— ¿Sabe, doctor? Cada vez que la tomo de la mano noto como se relaja.

Gabriel miró los monitores.

—Pero no mire ahí hombre, no es ahí donde se siente.

El médico sonrió y tomó la otra mano de la criatura. Levantó la cabeza y cerró los ojos suspirando. Se sorprendió al sentir que al contacto era la niña quien lo calmaba a él.

Las palabras de Sheila le sacaron del apacible letargo. Acababa de llegar y señaló a Santos.

—Ayer vino alguien de una organización internacional, él los atendió.

— ¿ACNUR? —Preguntó Gabriel y el colombiano asintió.

— Yo les llamé, bueno, a través del general al mando. Al parecer cumple los requisitos de estado de salud grave —continuó Santos—, y la documentación está en regla, pero para conceder el asilo necesitan, si es

posible, un documento de solicitud firmado por su tutor, a falta de familiares bastaría una autoridad del pueblo.

— ¿Tarik? —Preguntó Gabriel.

—Supongo que serviría, me han dejado los documentos, los tengo ahí —señaló su guerrera sobre una silla vacía.

— Además hay un modo rápido de darle asilo en España —intervino Sheila.

—Que uno de nosotros solicite acogerla en su casa —dijo Santos.

Gabriel tuvo la sensación de que le estaban contando algo ya decidido.

— ¿Y bien?

— Yo estaría encantada, pero desgraciadamente no puedo —dijo la enfermera—, mi madre padece alzhéimer y mi padre está en una silla de ruedas. Volveré en el relevo de agosto, no me tocaba aún pero por urgencia personal lo solicité la semana pasada cuando hablé con mi padre y lloró desesperado en el teléfono. Soy hija única.

— ¿Y usted, Santos?

El colombiano extrajo una tarjetita del bolsillo de la camisa y la mostró al médico.

—Quedé en llamarles hoy con la alternativa que tomaremos. Pensaba cursar la solicitud de acogida en cuanto lo hablara con usted, quiero decir si no se opone porque también esté interesado.

Gabriel pensó unos instantes antes de negar con la cabeza y aclarar.

—No es que no esté interesado, pero considero mucho más apropiado que lo haga alguno de ustedes, y puesto que Sheila no puede... Verá, Santos, enviudé hace unos años, estoy completamente solo en la vida.

—Como ella —le cortó Santos.

—Sí, pero seguramente usted, por su edad tenga una novia, una...

—Esposa e hijo de tres años.

—Pues no se hable más. ¿Pensaba partir en el relevo de agosto?

—Esa era exactamente mi idea si usted no ve inconveniente, supongo que en una semana...

—Estará suficientemente recuperada para el viaje, estoy seguro. Tramite la acogida y cuente conmigo para lo que haga falta.

A la mañana siguiente Gabriel cruzaba la explanada que servía de helipuerto en dirección al hospital cuando algo le llamó la atención y levantó la vista hacia un helicóptero que emprendía vuelo, Santos le estaba saludando mientras el aparato se elevaba, por señas trataba de decirle algo. Finalmente asintió dándole a entender que había comprendido y saludó a su vez.

El entrar en el box encontró a Sheila con la niña, comprobó todos los gráficos y decidió retirarla el oxígeno, la chiquilla mejoraba cada día. Asintió satisfecho hacia la enfermera, que le dijo:

—Santos acaba de salir en dirección al pueblo, va por la firma de ese Tarik.



—Sí, lo sé, me lo ha dicho él mismo desde el helicóptero. Bueno, me lo ha dado a entender por señas.

— ¿Qué pasará con el resto de los niños del orfanato?

—Dijo Sheila— Creo recordar que son nueve, Santos me lo contó.

—Ayer entregué la documentación al general, se comprometió a enviarlo con un informe a la organización de ayuda internacional. Dentro de un rato, cuando acabe la ronda, iré a informarme.

El helicóptero tomó tierra en una explanada abierta cerca del lugar donde habían hablado con Tarik. Esta vez no contaba con la ayuda de la traductora pero confiaba en hacerse entender mediante gestos y en el idioma inglés, que tras tantos meses de guerra los habitantes de aquellas zonas habían aprendido un poco. Habían avisado como era su obligación a la cercana base holandesa antes de llegar. Ahora divisó a lo lejos dos vehículos que venían hacia él. En el helicóptero habían quedado dos compañeros, uno con la ametralladora dispuesta y el otro a los mandos del aparato. Los holandeses tras saludarle se situaron en lugares estratégicos formando un triángulo con el helicóptero. Santos, sintiéndose protegido, se apresuró por la calle preguntando a toda persona que se cruzaba con él, que no eran muchos. Al parecer nadie había visto a Tarik ese día, por fin encontró al niño que había reconocido a Andelika y que estaba ayudando a un hombre mayor a reparar la maltrecha puerta de una edificación de aspecto desvencijado. Un grupo de niños alborotaba en el interior. El carpintero al ver los

documentos comprendió que buscaba a Tarik para algo referente a los niños que todos deseaban ver muy lejos de allí, a salvo. Salió a la calle y caminó unos metros hasta situarse en la esquina desde donde se divisaba el campo abierto. Señaló una pequeña finca que distaría unos seiscientos metros saliendo de la ciudad hacia el oeste. El niño intervino en su precario inglés.

—*Brother Tarik sick.*

Santos comprendió perfectamente que Tarik había ido a visitar a su hermano enfermo en la casa que le señalaban. Les dio las gracias efusivamente y se dirigió hacia la salida oeste.

Al llegar al final de la calle optó por continuar campo a través en vez de caminar por la carretera asfaltada cuyo recorrido era más largo. Oyó unas voces tras él y se volvió para ver al chico y al carpintero que agitaban los brazos gritando en su idioma. Al no entender ni una palabra supuso que le estaban despidiendo y saludó a su vez echando a correr hacia la casa.

Demasiado tarde comprendió su error, tuvo ocasión de hacerlo durante el largo minuto que tardó su cerebro en quedarse sin sangre y mientras veía a pocos metros los trozos dispersos de su propio cuerpo, todo lo que le faltaba desde el pecho hasta los pies.

El piloto del helicóptero estaba adormilado leyendo una revista francesa de deportes cuando oyó la explosión y dio un salto en el asiento. Su compañero, también francés, quitó el seguro a la ametralladora y la preparó para disparar.

—Ha sido tras esas casas, justo en la dirección que ha tomado el cabo —dijo el piloto.

En menos de dos minutos estaban sobrevolando los restos del colombiano. Los dos vehículos holandeses se habían posicionado al comienzo de la explanada, varios vecinos entre los que se encontraban el carpintero y el niño que habían avisado a la víctima estaban también al filo del campo. Nadie se atrevía a adentrarse, más aún teniendo en cuenta que ya era demasiado tarde, pues el militar estaba despedazado.

—No podemos dejarle ahí —dijo el de la ametralladora mientras se abrochaba un arnés.

—¿Te has vuelto loco? No pienso aterrizar aquí.

—No es necesario, mantén el aparato a unos tres o cuatro metros, yo me encargaré de subir a bordo los trozos del español.

—No es español, es colombiano —dijo el piloto bajando y estabilizando la nave.

—Para mí todo el que habla español lo es —dijo el francés señalando una bolsa junto al asiento vacía del copiloto—, acércame esos salvavidas, tendré que utilizar las bolsas para recoger lo que queda de él.

El piloto se lo dio y se concentró en mantener estable el aparato procurando no mirar mientras su compañero rescataba el despiece humano.

Gabriel se encontraba en el comedor, ordenando la comida en su bandeja para comenzar su almuerzo cuando oyó el revuelo. Miró por el ventanal del comedor y divisó a medio centenar de metros una desacostumbrada aglomeración de personal en torno a

un helicóptero cuyas aspas estaban frenando su giro poco a poco. Sintió que de pronto perdía el apetito, algo no iba bien, algo que tenía que ver con el joven colombiano.

Alguien que le vio correr hacia la nave le explicó en inglés que el cabo ya no estaba allí y le señaló las tiendas de color verde oscuro. Cuando penetró en la zona apartada donde habían sido depositados los restos se sujetó la boca y respiró hondo como le habían enseñado, se alegró de no haber comido, de lo contrario el vómito que soltó en uno de los lavabos hubiera sido mucho más abundante.

A la mañana siguiente los restos mortales partieron hacia París, donde harían escala antes de continuar hasta Bogotá. Tras participar en la despedida y rendirle honores Gabriel se dirigió al hospital para comenzar su jornada. Allí le esperaba una sorpresa.

Tarik permanecía en pie junto a la cama conversando, a través de Anja, con Sheila, John y el propio general francés al mando. Cuando vieron llegar a Gabriel decidieron salir para continuar hablando fuera, pues ya eran demasiados en aquel espacio que además se suponía aséptico. Sheila le puso al corriente camino de las dependencias del mando. Resultó que Tarik había ido caminando hasta la base de los holandeses jugándose la vida para suplicar que le llevaran a ver al médico español.

Tomaron asiento todos en una sala de descanso y retomaron el problema, que no era otro que la evacuación de los niños huérfanos de Tarik. Pasados unos minutos se unieron los mandos español y colombiano, el francés les puso al corriente con dos breves frases y enumeró las dificultades.

Anja tradujo al bosnio y éste contestó en su idioma:

—La muerte de esos niños pesará en sus conciencias, al igual que la de su compañero, si se hubieran saltado sus estúpidas normas burócratas el joven militar estaría vivo y los niños huérfanos de mi pueblo camino de España, o Francia, eso me da igual. Pero a salvo.

—No podemos hacerlo así, debemos solicitarlo y que la organización de ayuda internacional se haga cargo, la documentación fue entregada ayer, en unos pocos días el problema se habrá resuelto y partirán hacia Europa occidental. Yo mismo me ocuparé de supervisar la operación y daré orden de que sea usted informado del destino de esos niños. Ahora si me disculpa debo atender otros asuntos urgentes. —El general se puso en pie.

Tarik se levantó y alzó la voz, pidiendo a Anja que tradujera haciendo aspavientos con los brazos, desesperado. La traductora se apresuró a trasmitirlo al general.

—Tarik dice si no los recogen hoy mismo no será necesario que le informen de su destino pues él ya lo sabe, serán aniquilados por los serbios.

El general sacudió la cabeza pesaroso y se dirigió a la puerta. El coronel español y el oficial colombiano se levantaron y le dieron ánimo al musulmán pidiéndole paciencia, después abandonaron la estancia.

La profecía de Tarik se cumplió seis días después.

Gabriel y Sheila estaban cenando cuando recibieron la noticia de la toma de Srebrenica por parte del mando militar serbio. Todo iba bien, al parecer habían hablado con las fuerzas holandesas y respetarían a los habitantes de la zona, así como a los militares que les darían un trato de prisioneros de guerra sin ningún tipo de represalia.

— ¿Represalia? —dijo Gabriel levantando la vista de la hoja informativa—. ¿Por qué, por ser de otra etnia, por no dejarse someter?

—Esto es una locura, si te soy sincera estoy deseando irme de aquí —dijo Sheila que había comenzado a tutear a su jefe desde comenzara todo el asunto de la niña, a petición de él, eso sí.

—Pues si yo te soy sincero me da igual, nadie me espera, aquí al menos puedo ayudar en esta locura, en eso sí que estoy completamente de acuerdo contigo.

—Está en tu mano remediarlo.

— ¿Esta brutal y absurda contienda?

—No, tu soledad.

Gabriel miró enternecido a su guapa compatriota, se sentía muy halagado.

—Lo siento Sheila, pero aún es pronto, tal vez cuando pase más tiempo pueda rehacer mi vida.

—No me refería a eso —se apresuró a aclarar ella, encajando eso sí, el golpe de sentirse rechazada por la persona de la que creía estar enamorada—. Me refería a que puedes volver acompañado y ofrecer un futuro a una criatura sin suerte.

Gabriel se recostó en la silla tomando su copa y dando un sorbo sin apartar la mirada de la enfermera. Ésta no le dejó que lo pensara mucho y continuó insistiendo.

—Solicita la acogida como hizo Santos, me dijiste que tienes una especie de mucama, la puedes dar una buena vida en tu hogar hasta que esta locura termine.

—Es una asistente que lleva muchos años en casa. Las mucamas ya no existen —añadió Gabriel sonriendo.

—Está bien. ¿Piensas hacerlo? Tienes el documento firmado por Tarik, además añadió de su puño y letra que dejaba a la niña a tu cuidado, me lo tradujo Anja.

—Eso no lo sabía ¿estás segura?

—Completamente, aunque creo que en términos legales no significa nada puesto que no hay documentos que acrediten a Tarik como tutor legal de la niña.

—Veo que te has informado.

—He llegado más lejos. He hablado con el responsable de ACNUR para esta zona, ya se llevaron niños de Mostar hace dos años, tienen previsto evacuar a más grupos pero el problema es la estúpida burocracia —Sheila se mostraba enfadada—, exactamente como dijo Tarik.

—Está bien, lo pensaré, pero no creo que sirva de nada mi solicitud, por esa estúpi...

—Te equivocas, precisamente se agiliza el trámite si un europeo ofrece su hogar para acoger al niño temporalmente hasta que acabe la contienda y la situación aquí se normalice. Pero hay más, resulta que Angie...

— ¿Angie?

—Sí, la niña se llama Ángela en nuestro idioma, pero todos en el hospital teniendo en cuenta que hay mayoría de habla inglesa la llaman así, Angie. Bien, te decía que la ventaja en este caso es su estado de salud, y por si fuera poco tú eres el médico responsable. Todo esto supone un atajo muy considerable, si presentas la solicitud, mi contacto calcula que en menos de un mes la tendrías en casa. Pidiendo a la vez, claro está, el correspondiente permiso en el ejército.

—En mi caso no es necesario, yo mismo iba a solicitar prolongar mi estancia aquí. Me cumple en agosto.

—No te quepa duda de que si yo pudiera me la llevaría, e incluso con mi problemática, si nadie la da cobijo me la llevaré, no pienso dejar aquí a esa niña. ¿Imaginas lo que debió sufrir?

—He indagado un poco por ahí, en el campamento holandés nadie sabe nada. Interrogaron a los niños que estaban con ella y solo recuerdan que corría como ellos cuando dejaron de verla. Describen un grupo de hombres uniformados. No quiero ni imaginarlo Sheila, se me pone la piel de gallina.

— ¿Qué dices? ¿Presentarás la solicitud?

Gabriel sirvió en la copa de ella y después rellenó la suya, seguidamente la levantó en un brindis.

—Por Angie —dijo.



Una semana después de que Gabriel presentara la solicitud llegó al campamento el responsable de zona de la organización a comunicarle al doctor que había sido aceptado y que en pocos días, si la paciente estaba en condiciones de viajar podría trasladarla a España. Ellos les harían un seguimiento y control exhaustivos durante un tiempo, después decidirían legalmente el futuro más adecuado para la niña. Una vez terminada la guerra y controlado el nivel de seguridad se plantearía su regreso.

— ¿A dónde y con quién? Ella no tiene a nadie — protestó Gabriel.

—En tal caso sería ofertada en adopción, pero aquí — le contestó el voluntario.

Esto no gustó al médico, pero lo dejó estar. En su momento se verían los temas legales, por lo pronto había que sacar de allí a la niña.

La noche antes de partir Sheila volvieron a cenar juntos.

—Aprovecho un retorno de periodistas, mis padres me necesitan y no puedo esperar más.

—Yo espero salir la próxima semana con la niña.

—Iré a verla enseguida, si no te importa.

—Lo que me importará y enfadará será lo contrario.

—Pero haré un viaje relámpago, ya sabes.

Gabriel asintió y preguntó, dando por concluida la cena.

— ¿Damos un paseo? Hace una noche espléndida.

Era muy cierto, algo raro allí en aquella época del año, pero reinaba una calma inusual de viento y una temperatura muy agradable, sin apenas humedad. Sheila se enganchó del brazo de Gabriel como si fuera lo más normal del mundo.

—Te noto animado con la acogida de la niña.

—Lo estoy, aunque no entiende una palabra de nuestro idioma, ni siquiera inglés pues en la escuela les enseñaban alemán. Pero estos días he estado hablando con ella en mis ratos de descanso. Le cuento todo esperando que comprenda el tono y los gestos, la suelo coger la mano. Bueno pues ayer me la apretó.

Sheila apretó su brazo en el de él y dijo:

—Suele ocurrir cuando algo se transmite sin palabras. Pero ella ya sabe que te la llevas lejos de lo que para ella debió ser un infierno.

—Sí, seguramente lo intuye.

—No, lo sabe. Yo se lo dije utilizando a Anja hace unos días. Perdona pero no pude resistirme ante su triste mirada.

—No hay nada que perdonar.

Estaban llegando al final del campamento y dieron la vuelta caminando en dirección contraria por el camino de tierra, ambos miraron alrededor pensando lo mismo, aquel era el lugar menos apropiado para pasear cogidos del brazo.

—Me la llevo un poco preocupado —dijo de pronto Gabriel.

— ¿Puedo saber...?

—El asunto legal, en el futuro es muy probable que tenga que traerla y dejarla aquí.

—Lo sé, nos informaron cuando Santos presentó la solicitud. Pero yo tendría esperanza.

—Si me encariño, y es lo más probable, lo pasaré realmente mal cuando deba entregarla a su gente.

—Insisto que debes tener Fe, todo tiene arreglo menos la muerte. Ella está sola en el mundo según parece. No creo que ninguna norma o burocracia estúpida impida que sea feliz.

—Eehh, vale, dejémoslo ahí. Le daré todo lo bueno que puedo ofrecer durante el tiempo que dure.

—Sin reprimir el impulso de encariñarte.

—Ni mucho menos.

“Ojalá ocurriera lo mismo conmigo” se dijo Sheila, y se detuvo.

—Debo irme a descansar, mañana madrugó.

—Pues lo dicho, nos vemos pronto. Si tú no pudieras ir a Madrid seré yo quien vaya a verte a Valencia.

—Vale. Te llamaré de todos modos. Bien... —acercó la cara frente a él dejándole decidir el tipo de beso.

Gabriel no lo dudó ni un segundo, fueron dos besos completamente formales y, si acaso, algo fraternales.

—Hasta muy pronto —dijo apartándose de ella.

Gabriel volvió por última vez la cabeza para verla desaparecer en la oscuridad al otro lado de la improvisada calle. En ese momento no podía sospechar que jamás volvería a ver a Sheila.



A los veintiocho días de la intervención, Gabriel y Ángela aterrizaron en el aeropuerto de Madrid Barajas. Sin ningún equipaje de la niña y apenas una bolsa grande de Gabriel, subieron a un taxi y enfilaron la carretera de Barcelona bajo una noche cálida de agosto, tal era la diferencia del clima que el médico pidió permiso al taxista para abrir la ventanilla.

—Claro señor, bájela si quiere, y fume si lo desea.

—No, eso lo he dejado, o mejor dicho estoy en ello.

—Agosto es mágico aquí ¿verdad? ¿Puedo preguntar de dónde viene?

—De Sarajevo. Y en efecto, Madrid es mágico en agosto. Además aquí no se oyen bombas. Esta niña será mi hija durante un tiempo ¿Sabe? Y se ha criado entre matanzas sin sentido.

—Es una estúpida guerra, sin duda. Guapa niña, una mujercita dentro de poco.

—No habla una palabra de nuestro idioma.

El taxista quedó pensativo unos segundos, luego volvió a mirar a Gabriel por el espejo y dijo:

—Pero lo hablará en poco tiempo y usted se sentirá... bueno, ya sabe...

—Orgullosa y satisfecha. Sí.

Ángela cogió una revista que alguien había dejado en el bolsillo del respaldo del asiento, la ojeó unos instantes y volvió a depositarla en su lugar. Era un

idioma extraño, se parecía a algunos textos italianos que había visto.

En casa les esperaba Nilda, la asistente interna que abrazó a la niña como si fuera un producto recién parido de su señor. Ángela se dejó abrazar muy fríamente y asombrada de tanto tocamiento por parte de aquellos seres que vivían en palacios ubicados en ciudades inmensas. Nilda recibió una fuerte patada cuando intentó desnudarla para el baño.

Finalmente se acostó en su cama, pero a eso de las cuatro y media salió a deambular por la casa, Gabriel la oyó y salió a su encuentro, ambos en silencio, en el salón, esperaron el amanecer. El médico volvió a pedir ayuda en silencio con los ojos tan apretados que le hacían daño, las lágrimas brotaron y fue entonces cuando sucedió.

Sintió primero un toque suave, después una mano completa, seguidamente todo un abrazo. Y así los encontró Nilda, que se quedó en silencio, extasiada ante la escena más tierna que jamás había contemplado.

Gabriel marcó el teléfono de Sheila por enésima vez en las dos últimas semanas, y siempre con el mismo resultado, nadie lo atendía. O le había anotado mal el número, o simplemente lo había cambiado. Pensó en hacer un corto viaje de fin de semana a Valencia, pero tenía demasiado trabajo como para faltar dos días completos. Finalmente optó por escribir una carta, pero tampoco recibió respuesta. El tiempo fue pasando y la

fue olvidando poco a poco, al fin y al cabo él no estaba enamorado de ella, la apreciaba mucho como compañera, pero eso era todo. Así pues ya no volvió a intentar establecer contacto.

Angie, que así prefirió que la llamaran, en pocos años hablaba un español perfecto y por supuesto había olvidado completamente las normas de su religión de origen. En la escuela demostró ser una superdotada aprobando todo con suma facilidad.

Pero el lado humano no evolucionaba, algo no iba bien. Gabriel lo intuía, pero no deseaba por nada del mundo entrometerse, la sicología infantil era algo que él desconocía por completo.

El temor a que tuviera que devolverla a sus orígenes se fue disipando a cada visita de la organización. La documentación seguía su curso, lentamente pero con escasos rechazos. La niña no tenía parientes y las autoridades no podían emplear tiempo en legalizar solicitudes de adopción, bastante tenía con recomponer el país de nuevo.

Pero el regalo llegó por fin. Debió pagar una sustanciosa minuta, pero el representante legal consiguió la firma del juez y la documentación de Angie pudo por fin ser tramitada en el Registro Civil español. A punto de cumplir quince años, la niña pasó a llamarse Ángela Márquez, y ser hija de pleno derecho de Gabriel Márquez.

La extraña actitud de Angie en cuanto a relaciones continuaba cuando, el día que Angie cumplió dieciséis años, Gabriel decidió intervenir con delicadeza.

—Cada año te superas Nilda. ¿No te parece Angie?  
—Mmmm, está deliciosa.

Estaban los tres en el salón saboreando un trozo de tarta cada uno y el número dieciséis aun permanecía clavado en la parte que quedaba.

— ¿Te acuerdas cuando soplabas las velitas cariño?  
—Preguntó Gabriel.

Angie asintió sin decir nada, desde hacía dos años ese ritual no había formado parte de la celebración, el resto no había cambiado nada, siempre los tres solos. Gabriel decidió entrar en terreno prohibido y soltó:

— ¿No saldrás a celebrarlo con alguna amiguita, compañeros del cole... algún chico? Si quieres dinero...  
—No.

Así de rotunda fue la respuesta. Gabriel decidió dejarlo por el momento, pero desde luego aquello no era normal, no conocía amigas o amigos de su hija, ni tan siquiera recibía llamadas telefónicas, nada. Al día siguiente llamó al director del instituto y le pidió una cita fuera del horario de clases, el hombre muy amable le dijo que estaría encantado de recibirle. A las seis de la tarde, una hora después de la salida de Angie, Gabriel entraba en el instituto para reunirse con el director.



—Soy Gabriel Márquez, padre de Angie.  
—Es un placer conocerle, doctor.  
— ¡Vaya! ¿Le ha hablado de mí?  
—Cuando un padre me pide una cita suelo consultar el expediente del alumno, discúlpeme.  
—No tiene porqué pedir disculpas, en absoluto. Al contrario, me disculpo yo por robarle un poco de su tiempo.  
—Al igual que su trabajo salva vidas, el mío las amuebla el cerebro desde pequeñas. Para un alumno estoy disponible las veinticuatro horas, así pues sin prisa alguna doctor Márquez.  
—Bien, el caso es que...  
—Quiere saber acerca de las relaciones con sus compañeros.  
—En efecto, ¿cómo lo ha sabido?  
—Porque el noventa por ciento de las reuniones que mantengo con padres quieren conocer ese aspecto de sus hijos, unos porque le notan un poco raro, otros porque no se fían de la compañera o compañero tal o cual, otros...  
—Perdone señor director...  
—Anselmo.  
—Ajá, perdone Anselmo, pero mi caso debe pertenecer a ese diez por ciento restante porque... no conozco a ninguna amiga, ni amigo, ni compañeros, nada. Ayer fue su cumpleaños y como siempre lo celebramos los tres solos, mi asistente interna de toda la vida, Angie y yo. Soy viudo ¿Sabe?  
—A nos ser que haya problemas no vigilamos las relaciones entre alumnos, en este caso, en efecto no

tiene compañeros, digamos... preferidos. Angie es muy inteligente, y como sabrá aprueba todo con excelentes notas, generalmente este tipo de personas salen poco y no les gusta demasiado el ocio, prefieren volcarse en los estudios tal vez aplazando la diversión. Lógicamente desconocemos sus amistades fuera del centro y damos por hecho que suplen las que no hacen dentro.

—De acuerdo, pero siempre en la escuela intimamos con alguien aunque sea solamente durante el horario... es decir que no trasciende fuera, pero siempre suele existir un compañero o compañera que... vamos que le habrá ocurrido a usted al igual que a mí.

—Así es, aun conservo amigos del instituto pero eso no quiere decir que ocurra con todos los alumnos. No obstante, le entiendo perfectamente, y es cierto que su hija en los descansos no suele ir acompañada, se enfrasca en un libro o pasea por los jardines ella sola, debo confesar que desde esa ventana —señaló un enorme ventanal a su espalda— alguna vez me he quedado observándola... intrigado.

—Porque no es habitual. ¿Verdad Anselmo?

—Si le soy sincero, no. Si me da permiso me informaré mejor a través de los profesores y con discreción le haré un seguimiento, ya digo que muy discreto y con su permiso.

—Lo tiene.

—En cualquier caso, no solemos vigilar si no dan problemas, como le dije antes.

—Pero aquí el problema puede tenerlo ella y necesito saberlo, es muy extraño que pasee sola de forma habitual ¿no le parece?

— ¿Conoce usted a los amigos con quienes sale?  
—Ese es el problema Anselmo, que no sale nunca. ¡No tiene ningún amigo!, al menos que yo conozca.

La cara del director cambió de modo muy perceptible.

— ¿Ha dicho usted que no sale nunca?

—Gabriel, y tutéeme por favor. No, no sale nunca, y estoy seguro que no tiene amigos. Por si fuera poco yo soy solo en el mundo en cuanto a familiares directos, no tengo hermanos y por tanto ella no tiene primos ni tíos.

Anselmo quedó extrañado de pronto, pero enseguida consideró las posibilidades y no dijo nada. Aquella mujer que unos años antes había venido a llevarse a la niña durante unas horas debería ser la hermana de la esposa fallecida, puesto que dijo ser su tía. Al fin por discreción decidió no mencionarlo.

—Por mi parte, Gabriel, haré todo lo que pueda por investigar sus relaciones sin llamar la atención, confíe en mí, déjeme su teléfono móvil y le llamaré en breve.

Gabriel quedó más confuso que antes cuando unos días después el director le confirmó que nadie se relacionaba con ella más allá de comentar las tareas y poco más, no había intimidad con ninguna compañera ni compañero, nada. Pensó en poner a su hija frente a él y exponer el tema sin rodeos, pero enseguida acudieron frases como “no da ningún problema” “es una alumna excelente y con las mejores notas...” Y el último pensamiento que le vino le hizo desistir ¿no estaría acomplejada por su mutilación femenina? Ella

no tenía la regla. ¿Se sentiría tan diferente que se apartaba a propósito? Era un tema tan delicado que temía herirla, y para tratarlo necesitaría la ayuda de un profesional. Decidió dejar pasar el tiempo.

Dos años después, de nuevo en su aniversario lo celebraron los tres solos, pero esta vez había una novedad. Gabriel tenía una oferta de traslado a Valencia, pensó seriamente en aceptarla si con ello conseguía sacar a su hija de casa, tal vez en zona costera, las playas, el ambiente... Lo expuso en plena degustación de la exquisita tarta de Nilda. Y al oírlo fue precisamente Nilda la única que puso objeciones, más que eso, se puso a llorar como una magdalena. Angie dejó claro que la traía sin cuidado, pero la asistenta sintió una profunda pena porque ella no se trasladaría con ellos, su vida estaba en Madrid, su gente y familiares, ya tenía edad de jubilarse, y así lo haría.

— ¿Estás de acuerdo entonces, Angie?

—Piensa en ti, no en mí, ¿es mayor sueldo?

—Bastante más cariño, pero sabes que no lo necesito, vivimos desahogadamente.

— ¿Incluye algún reto profesional?

—Lo incluye sí, pero mi reto eres tú, cielo, antes que mi profesión.

—Ya, bueno, el caso es que estar cerca del mar me gustará, las playas, el clima... estoy dispuesta.

— ¿Nilda?

—Yo no voy.

— ¡Vamos! Te pagaré lo que haga falta para que vengas a ver a tu hermana todos los fines de semana si lo deseas, el tren ahora tarda menos de tres horas.

—Yo no me muevo de aquí, lo sentiré mucho, pero no.

—Y lloró con ganas de nuevo.

Nilda lloraba por separarse de aquel gran hombre después de tantos años, en realidad no pensaba para nada en Angie, ésta tan solo le había demostrado obediencia y buena educación, pero para nada cariño, por mucho que ella se había esforzado no le fue devuelto jamás, era como si aquella niña, ahora mujer, no tuviera sentimientos. En realidad, ese era el verdadero motivo de no acompañarlos.

En menos de un mes estaban ya instalados en una urbanización al norte de Valencia, en plena costa, Gabriel prefirió alquilar hasta ver si el lugar les gustaba. En la despedida de Nilda el médico había llorado y se la había comido a besos, Angie la había acercado la cara a uno y otro lado sin más, después Gabriel le hizo entrega de un sobre a la asistenta cuyo contenido casi la desmaya.

En unos días ya habían contratado una asistenta en su nueva residencia, una mujer de unos cincuenta, pues Gabriel con su experiencia se fiaba más de la madurez. Era una mujer muy educada y eficiente, originaria de Ecuador. La primera noche les hizo chuparse los dedos con la cena que preparó, en ello estaban, sentados en la terraza, cuando Gabriel sacó el tema:

—Bueno cielo, ¿qué carrera quieres hacer?

—No lo he decidido aun. Pero la que tú me digas la sacaré adelante.

—De eso no cabe la menor duda, pero eres tú quien debe elegir, no yo.

—Pero alguna te gustaría más que otra, ¿no? Pues dime.

—Entonces es una sugerencia, nada más, ¿de acuerdo? Bien, pues medicina.

Gabriel notó cómo la cara de Angie se tensaba de pronto.

— ¿No te gusta?

—Lo haré si a ti te satisface.

—Veamos Angie, ya eres mayor de edad, puedes hacer lo que te plazca en la vida, y debes elegirlo tú, para nada me digas “si me satisface a mí”. ¿Entendido? Haremos una cosa: Irás tú misma a la facultad y te matricularás cuando quieras y en lo que quieras. Y cualquier decisión será satisfactoria para mí.

Angie quedó unos minutos pensativa, luego se levantó, se puso tras la silla de su padre y lo abrazó con fuerza. No hubo beso, pero el abrazo hizo que a Gabriel se le saltaran las lágrimas, dejó la servilleta, se levantó a su vez y la estrechó con fuerza. Recordó aquellas palabras que dijo ella a los diez años en el hospital y que parecían conferirle el dominio absoluto, según ella por ser mujer, conforme a los dogmas de aquella religión olvidada, o tal vez no tanto.

—Cielo, tú eres mi vida, eres mi única familia, eres todo lo que tengo, yo no soy tu amo cariño, no lo soy, soy feliz si tú lo eres, y tú decides como serlo ¿Me entiendes?

Angie continuaba abrazada cuando asintió de modo imperceptible pero suficiente para él.

Y así emprendieron padre e hija su nueva vida en la costa. Gabriel se integró en el nuevo hospital con total normalidad, era una eminencia y eso le abría las puertas. Quien no le conocía no tardaba en ser informado por otro compañero cualquiera, además, su carácter afable y tolerante con los subordinados le hacía granjearse las simpatías de todo el personal. Cuando ya llevaba unos pocos años sucedió algo que vino a alterar su plácida existencia. En la reunión mensual del comité de dirección al cual pertenecía, alguien puso sobre la mesa un informe estadístico que le llamó la atención. El índice de mortalidad infantil se había triplicado en el último año, resultó que en realidad era en el trimestre inmediatamente anterior a la obtención de los datos, dos meses antes. Coincidió con la llegada masiva de inmigrantes por vía marítima. Al deliberar en la mesa, un compañero dio la salida que casi todos esperaban:

— ¿Qué se puede esperar cuando vienen en un estado tan lamentable? Algunos de ellos traen ya enfermedades en tal estado de avance que es imposible sacarles adelante.

Todos asintieron dando esa explicación como concluyente, pero antes de cerrar el asunto, Gabriel tomó la palabra pidiendo un poco más de investigación, pues él no quedaba muy satisfecho. Por unanimidad le fue adjudicado el expediente para que se ocupara de hacer las indagaciones que quisiera.

Al día siguiente comenzó a estudiar los casos uno a uno. En una sencilla base de datos, creada con un programa estándar, diseñó varios campos que fue cumplimentando: Fecha, nombre, edad, padre o madre (siempre se sabía algo de ésta pero nunca de aquel). Añadió otros datos clave como: Causa de la muerte, datos de la última analítica, quien le atendió y por último quién prescribió el tratamiento si lo hubo.

Cuando obtuvo toda esta información constató que un nombre se repetía, sobre todo en la prescripción, pero también en la firma del certificado de defunción.

Algo le resultaba familiar, pero así de pronto no lograba descubrir el qué. Sin darle más vueltas envió un correo electrónico a aquella doctora para que se personara en su despacho el lunes siguiente. Puso copia al Jefe inmediato de ella, el responsable de pediatría, y en el asunto señaló: “Certificado de defunción de varios niños”.

De regreso a casa, ese mismo día, se le olvidó todo lo relacionado con aquella investigación, su hija, que le estaba esperando con unas excelentes calificaciones, se ocupó de ello. En un tiempo record Angie se presentó



en casa con la licenciatura en Economía. Gabriel no cabía en sí de gozo, lo que él hubiera preferido no contaba ya, su hija era una poderosa superdotada, y ahora toda una mujer con carrera. Y ese día se fijó bien en ella, le pareció que a menudo iba un tanto descuidada, era preciosa, aun con ropa holgada y sin maquillar, pero ese día había acudido a la peluquería y había cambiado los eternos pantalones por una falda por las rodillas, era toda una mujer de veintiún años, bajita, sí, pero de cuerpo armonioso y unos ojos preciosos. La estuvo besando durante minutos y ella terminó por sonreír, algo muy poco habitual.

Y entonces Gabriel volvió a la realidad de pronto, no había habido cambios, ni amigos, ni amigas, nada. Menos aún un noviete que él supiera, nada de nada. Y ya con esa edad era demasiado raro, casi era un problema de cuidado si no se ponían las cartas sobre la mesa. Decidió no dejar pasar ni un día más y cogiendo a su hija de la mano, olvidando la deliciosa cena la llevó al salón y la sentó frente a él. La miró con fuerza, buscando en sus ojos el mal que pudiera estar padeciendo.

—Angie, cielo, lo que te voy a decir lo he guardado durante años, yo no quería entrometerme en tu vida, eres totalmente libre y así quería mantenerlo. Pero ya eres una mujer adulta, y creo que merezco una explicación a varias... circunstancias que no me parecen... normales... mmm... lógicas, no sé...

La joven le miraba fría, sin alterar un músculo. Gabriel continuó sin apenas mirarla, no se atrevía.

—Desde que te hice mi hija no te he conocido amistades, ni en el colegio ni en ninguna parte, no he conocido a nadie que pregunte por ti. ¿Me puedes explicar el motivo?

Ella siguió con la mirada fría, sin bajarla de los ojos de su padre cuando se atrevió a mirarla de nuevo, pero sin decir palabra.

—Eso no es habitual, ya como mujer sabrás a lo que me refiero. ¿No tienes a nadie que te...? ¿Algún chico...? No sé... hija mía, dime algo, por favor.

Estas últimas palabras parecieron surtir efecto.

— ¿Has tenido alguna vez algún problema por mi comportamiento o actitud?

—Jamás hija, nunca, al contrario, serías la hija soñada para cualquiera. Pero admite que no es normal, no quiero la hija perfecta, nadie lo desea puesto que no podría ser padre, es como Dios que no nos hizo perfectos, de serlo ¿para qué un padre? Y en el caso de las religiones ¿para qué inventarlo? ¡No puedo sentirme realizado como padre si eres perfecta, no puedo! Necesito regañarte por llegar tarde, poner mala cara ante un novio que no me guste...

—No puedo tener novio.

Cayó la bomba.

— ¿Qué?

— Si te cortaran el pito ¿tú tendrías novia? Me estas hablando claro ¿no? Pues yo también.

— ¡Pues claro que tendría novia! Sin pito sigo teniendo alma, y sentimientos, todo. Déjate de complejos amor mío, por favor, no me digas eso.

— Tú lo has querido, soy tu hija por lástima, tú mismo me engañaste con mi propia religión para que te obedeciera y siguiera, ¿lo recuerdas? Pues lo hice, luego comprendí, pero no he podido olvidar que salí de mi cuerpo a otra vida para alejarme de lo que aquellos monstruos me estaban haciendo. Eso te lo perdiste, y por ello me salvaste, y al hacerlo me devolviste a esta mierda de realidad, y encima mutilada como mujer. ¿Qué esperas de mí? Ahora decides tú el camino y yo obedezco, como siempre.

Gabriel se hundió en las tinieblas más profundas que jamás hubiera experimentado. Las lágrimas corrían como torrentes de dolor por sus mejillas. Pero su hija siguió hablando sin piedad.

— ¿Creías que lo olvidaría, que no me acordaría por mi corta edad? Tenía diez años, no dos. Aquellos bárbaros me mataron y tú me devolviste a la vida, pero ¿cómo? ¿Acaso no pensaste en mi futuro como mujer? ¿No hubiera sido lo más prudente dejarme morir? No, claro, pensabas en ti, solo en el mundo, era tu oportunidad. ¿Sabes que con solo acercarse un varón a

mí me dan arcadas? ¿Sabes que no puedo soportar a las chicas que conozco hablar de chicos con esos ojos soñadores de hijos y sexo? ¿Puedes comprender por un momento que odio este mundo?

Cuando Gabriel levantó la mirada ya no había luz, el sol se había puesto por completo y la estancia estaba en tinieblas, como su alma. ¿Qué había hecho mal? ¿Dónde se había equivocado? ¿No podía olvidar y vivir aquella criatura? Era su vida y ahora se le estaba escurriendo hacia un abismo que asustaba incluso al más cuerdo de los hombres. Imposible contestar aquellas palabras. No era creyente, o al menos no practicante, tal vez hubiera alguien ahí en alguna parte, pero sin duda era muy cruel, sin duda...

En ese momento, en la penumbra del salón dio un respingo ante la melodía que salía de su teléfono. Estuvo a punto de dejarlo sonar, pero ante la insistencia lo miró, era del hospital. Negó con la cabeza y lo lanzó al asiento de al lado.

—Atiéndelo, puede ser una urgencia.

—No cariño, la urgencia eres tú.

—Pues yo quiero que te des una ducha y acudas. Ahora me iré y tú atenderás la llamada.

—Pero si nunca sales, ¿dónde...?

—Me he encaprichado de un cachorro que he visto en una tienda de animales, voy a comprarlo antes de que alguien se me adelante. Tal vez me quede algo de sentimiento, aunque desde luego no con ningún humano, ni tan siquiera tú.

Dicho esto se levantó y se fue. Gabriel tras un esfuerzo por serenarse devolvió la llamada.

— ¡Esto es un caos! Ha habido un accidente de metro, nos llegan las víctimas como moscas, por favor doctor...

Le costó un gran esfuerzo pero logró al fin levantarse y ponerse en camino. En el garaje estaba solamente su coche, hacía mucho tiempo que eso no ocurría, cuando atendía una urgencia, e incluso su trabajo de rutina, el de Angie siempre permanecía allí aparcado junto al suyo, pero hoy no. Por algo se empieza, pensó animado. Se acopló a los mandos del Mercedes y salió disparado hacia el hospital.

Trató de despejar la mente y alejar los pensamientos de su hija y del otro extraño asunto que le asaltaba, los niños fallecidos, aquel informe lleno de incógnitas y casualidades, aquellos apellidos que le resultaban familiares.

Justo al tomar la autovía que le llevaría más rápido volvió a sonar el teléfono. Descolgó pulsando en el volante:

— ¡Dese prisa! por favor doctor Márquez, tenemos aquí un campo de batalla, este hospital jamás se ha visto así de desbordado, necesitamos su experiencia en estos casos, todos nos pondremos a sus órdenes, dese prisa por favor.

—Estoy de camino, diez minutos.

Pensó que era la hora de comprobar la potencia que indicaba el manual del coche y que solo había consultado al día siguiente de adquirirlo, jamás pasaba de la velocidad permitida y por ello no tenía ni una sola multa. Pero esto era una urgencia, y al parecer muy grave. Si le multaban por radar ya se ocuparían las autoridades de quitársela, ahora era como los bomberos o la policía. Pisó el acelerador y pasó dos semáforos en rojo, realizó varios giros abiertos sin disminuir la velocidad, las ruedas chillaban mientras cambió el automático a manual para tener el control y no pisar el freno. Así llegó a la recta final, la última antes de girar hacia la entrada del hospital, tenía un corto túnel recto y sin complicaciones, al pasar por allí a diario Gabriel sabía que su longitud era de al menos dos kilómetros, pisó el pedal a fondo. El vehículo salió disparado demostrando que el manual no engañaba, empujó la palanca varias veces hasta ver en el panel la séptima velocidad sin levantar el pié. Se acercaba al túnel rozando ya los doscientos kilómetros por hora cuando lo levantó y pensó que debería frenar sin brusquedad pero con firmeza, pisó pero no ocurrió nada. Pisó de nuevo asustado y notó que el coche parecía adquirir más velocidad. El vehículo no bajaba de ciento setenta por la inercia, aplastó el pedal con el pie hasta el fondo, pero resultó inútil. La boca de entrada al túnel parecía desplazarse con vida propia hacia él. En apenas dos segundos tuvo que pensar mientras se erguía en el asiento, comprobó el cinturón

y asió la palanca intentando bajar marchas, pero el panel le indicó claramente que no, que dicha decisión del conductor no estaba permitida, “Dichoso automatismo”. Atravesó el túnel en menos de cuatro segundos dando gracias por no haber tenido que esquivar ningún vehículo. Inmediatamente después de haber salido, en la misma rampa posó el dedo sobre el botón del freno de mano automático, el desvío de salida estaba ya a pocos metros, respiró hondo y tiró del pequeño mando eléctrico, nada, oyó un rascar metálico en alguna parte y de nuevo leyó en el panel “Acción no permitida”, pero la inercia desplazó el coche hacia la izquierda saltando el pequeño bordillo y pasando a los carriles del otro sentido de la marcha. “¡Dios!” Ahora los edificios iluminados del hospital parecían un enorme Ovni que atraía el coche como un imán. El pequeño jardín que separaba la avenida del recinto hospitalario resultó tener badenes y altibajos de todo tipo, tanto suaves como elevados y hasta escaleras. Pasó por entre la pequeña arboleda que lo cruzaba sin rozar ningún árbol, y ya estaba a punto de salir al otro lado, donde con suerte se frenaría con los coches aparcados, cuando notó que el morro subía y el vehículo parecía despegar suavemente del suelo, como si de un avión comercial se tratara. Acababa de tomar el último montículo, justo el que servía de nexo para la diferencia de elevación del terreno. Un poco más animado Gabriel se aferró bien al volante dispuesto a pasar por encima de los coches aparcados y frenarse después en la zona de obras llena de arena, que sabía que estaba justo enfrente. Ahora lo que menos debía de hacer era girar el volante, miró el panel “¡Ciento

sesenta! ¿Pero es que esto aumenta la velocidad sin pisarle y en el aire incluso? ¿No retiene el motor?” Recordó entonces que iba en la marcha más alta y no había retomado el automático, por ello aunque no pisara el acelerador el coche no reducía.

A aquella hora la zona no solía estar transitada, salvo por alguna ambulancia, pero sería una fatal casualidad que justo al pasar su coche se cruzara una. Demasiado tarde advirtió que se había olvidado de un servicio que también utilizaba esa calle. Era un camión compacto y muy bien armado, pintado de verde y blanco, con dos pasajeros sujetos a los laterales traseros que salieron disparados en el momento del impacto.

Gabriel sintió como el morro del Mercedes penetraba en la cabina y pensó que sin duda aquel hombre de ojos muy abiertos no lo contaría. Ahora había que tener fe en la carrocería alemana tan sumamente cara. Pero el coche se arrugó como una pasa cuando tras rebanar limpiamente la cabeza del conductor del camión de la basura impactó contra la caja de desperdicios de grueso y puro acero.

Gabriel no perdió el conocimiento y percibió todos y cada uno de los segundos a cámara lenta, ahora ya no oía nada, era todo silencio tras el estruendo. Estaba vivo, eso sin duda, ahora tenía que abandonar el coche y acudir corriendo a las urgencias. Era necesario salvar vidas y para ello tenía que mantenerse firme y concentrado, frío. Tanto como para meter debajo de la cama las aterradoras frases que le había dedicado su



hija. Hizo un esfuerzo con los brazos para salir de allí, nada. Solo el izquierdo hizo algo de ruido al chocar contra algo. Ahora lo intentó con las piernas, nada. No se movían, las sentía ahí pero no podía moverlas. Bajó la mirada con enfoque médico para evaluar los daños. ¡Dios! ¿Dónde estaban las piernas? Su pelvis cercenada era el final de su cuerpo. Bajo algo que parecía un trozo de techo solar estaba su brazo derecho que por más órdenes que le pasaba desde el cerebro no hacía ni puñetero caso. ¡Oh Dios! No me hagas esto ahora, esa criatura me necesita. Oyó unas voces muy lejanas que se iban acercando, pero no podía ver nada más allá de una fea pared de metal. Trató con ímpetu de mover algún miembro, de nuevo su brazo izquierdo impactó con algo que ahora sonó como cristal roto. Su mente permanecía alerta mientras algo parecía no funcionar en alguna parte. Soy médico, se dijo, diagnóstico por favor... trató de enfocar la mirada y la bajó de nuevo en busca de sus piernas, pero ya no pudo ver nada, solo una neblina y oyó su respiración cada vez más lenta, con mucha dificultad, dispuso su cerebro para dar órdenes al único brazo que antes le había obedecido, ¿cuál era? Nada. Oyó una voz a lo lejos que decía: “¡Están muertos!” Gabriel sonrió mientras un mareo intenso y muy delicioso le embargaba. Finalmente, y sin dejar de sonreír, se entregó por completo al abismo.

Al sepelio acudieron todos los compañeros, su hija y la nueva asistenta. Nilda llegó tarde desde Madrid y fue la que derramó lágrimas familiares por todos. Angie no abandonó el recinto cuando acabó el funeral sino que

fue sentarse en un banco a la entrada del crematorio, la habían informado que podría recoger las cenizas al día siguiente. Permaneció allí un largo rato. Las lágrimas no acudían a sus ojos. Nilda la encontró allí cuando se marchaba. Se acercó con cautela para darle un beso al menos, pero la joven no se levantó siquiera.

—Angie, nos ha dejado el hombre más bueno que he conocido, al menos dame un beso en honor a su recuerdo, ¿qué problema tienes cariño?

La joven se limitó a mirarla como si fuera una desconocida y, tras levantarse y darle la espalda, se alejó a paso vivo, iba llorando.

Angie superó las oposiciones sin esfuerzo y por nota pudo elegir destino, el director del hospital donde su padre había trabajado le ofreció un puesto en recepción del ala de maternidad, no tenía otro, era solo por el momento, dijo. Ella lo aceptó.



*Valencia, ocho años después.*

Sebastián Vendrell estaba terminando el informe del último caso sumido en sus pensamientos, en realidad estaba rematando frases para pasar el tiempo. El caso había resultado sencillo y rápido de aclarar.

“Acabado este ya no tengo nada —se dijo—, hay pocos homicidios últimamente, menos mal, que siga así. En Madrid no paran, pero aquí... será la densidad de población, claro”.

Levantó la cabeza y consultó el reloj que colgaba de una de las columnas de la comisaría, ya debería haber vuelto Santos, tenía la consulta médica a primera hora. Era normal que no se apresurase, pensó, teniendo en cuenta el poco trabajo que tenían. Recorrió con la vista todo el recinto diáfano que constituía las dependencias policiales, mesas de trabajo, unas ocupadas y otras no, pero todas con su pantalla y su teclado, los subinspectores y el resto de compañeros trabajaban todos con calma en esos momentos, reinaba un ambiente tranquilo. Volvió a sumirse en sus pensamientos y sin saber por qué retrocedió a sus años de estudiante, tiempos felices de fiestas y exámenes,

discusiones con su padre que a toda costa quería que ejerciera la abogacía cuando se licenció, pero él, tal vez un poco por llevarle la contraria se inscribió para optar a ingresar en la policía. Después de quince años no podía decir que no le gustara su trabajo, pero sí que requería demasiadas horas de oficina y eso era lo negativo. Pero por otra parte él siempre se apuntaba a todos los cursos de formación y eso le había permitido viajar a Estados Unidos durante tres meses, los mejores de su vida.

Echó una rúbrica bajo “Inspector Vendrell”, y se disponía a llevarlo a su jefe cuando vio su cabeza por encima de los armarios archivadores, así de alto era. “El muy... parece estar en todas partes, como Dios”.

Sebastián a sus 37 años todavía conservaba el humor infantil que se resistía a dejar atrás. Sonrió, no sin antes comprobar que no le estaba mirando nadie, al recordar las bromas que se hacían con la estatura y el nombre del comisario.

Cuando estuvo a unos pocos metros de su mesa, el comisario le miró y bailó su dedo índice hasta dejarlo firme señalando su despacho como era su costumbre cuando había algo urgente. SV, que así llamaban todos a Sebastián se levantó de inmediato asintiendo y voló hacia el despacho de Ponce de León, que no era un apodo sino que se llamaba así, Comisario Cristóbal Ponce de León.

—Siéntese Vendrell, llevamos tranquilitos unas semanas, yo diría incluso meses, y me acaba de llamar Santos sujetando el vómito, hembra embarazada apuñalada en su coche, en su propia casa, mejor dicho en el garaje de su chalet, el marido está de viaje por negocios según la asistenta, le descartamos pues. Aunque ya sabe que no del todo.

—Se puede contratar el servicio, ya sé. ¿El bebé?

—Según Santos los médicos del Samu lo están sacando por si estuviera vivo.

—¿Por qué ha dicho que Santos sujetaba el vómito?

—Al parecer es una carnicería. Aquí tiene la dirección, salga pitando.

—¿Cuánto hace que lo han descubierto y quién?

—Santos ha llamado justo antes de que yo le llamara a usted, en cuanto a quién ha dado la alarma supongo que la asistenta, que según Santos estaba histérica, pero todo eso es algo que sabrá usted antes que yo si sale pitando ya como le acabo de...

SV ya estaba camino de su mesa para recoger su chaqueta antes de que Cristóbal terminara la frase. Una compañera que pasaba la cogió del respaldo de la silla y se la lanzó al verle salir corriendo del despacho del comisario.

—¿Homicidio SV?

—Creo que asesinato, y en plural.

—¡Joder!

Enchufó al mechero del coche el feo tocho circular de color azul y lo imantó al techo, pulsó la alarma y las luces del coche fantástico azul y roja de la rejilla frontal se pusieron en marcha justo al tiempo que la sirena. Enfiló al norte apartando a todo Dios que se pusiera por delante, en menos de diez minutos frenaba ante la puerta de entrada a una bonita finca cuyas rejas estaban abiertas y custodiadas por dos agentes que le saludaron, aparcó junto a dos coches patrulla y tres ambulancias. “¿Para qué tanta ambulancia?” —se preguntó. En cambio no había coches oficiales, ni el forense ni el juez habían llegado aún.

Saludó a Santos y se acercó al coche por el lado del conductor, en el otro estaban afanados los del Samu. Hembra de unos treinta, con mucha clase, acorde con la finca a muy poca distancia del mar. Dos heridas enormes, grotescas, en cuello y garganta. Estaba tumbada en el puesto de conducción con las piernas en el asiento del pasajero, los médicos procedían ya a suturar la cesárea de urgencia. El bebé llevaba muerto tanto tiempo como la madre, le dijeron.

En ese momento llegaba el forense y procedía a examinar al niño. Santos mientras tanto tomó la cámara y comenzó a fotografiar todo antes de que llegara el juez y levantara los cadáveres.

SV los dejó trabajar y fue a estudiar los alrededores de la escena del crimen. La puerta del garaje era automática y estaba abierta, comprobó si había sido forzada, pero no era así, el asesino pudo haber entrado

por alguna ventana o puerta en la casa y esperado a que la mujer entrara en el garaje. Volvió sobre sus pasos y entró en la vivienda por la puerta de comunicación con el garaje. Buscó el cuadro de mando de la alarma y lo encontró justo al lado de la puerta principal, en el marco interior, intacto. El sistema parecía caro, acorde con el vehículo de alta gama y toda la finca en cuestión, sin olvidar la ubicación junto al mar que la hacía inasequible a muchos bolsillos.

Era muy probable que la alarma tuviera otro cuadro de conexión, SV caminó hasta la verja de entrada y preguntó a los agentes:

— ¿Hay en la puerta un cuadro de conexión de la alarma?

—Sí, inspector, está camuflado en...

—Ya lo veo. ¿Se acciona por mando a distancia?

—Así es, pero es de esos nuevos de...

—Con clave, o reconocimiento de matrícula.

—En efecto, así funciona, para abrir desde dentro hay que...

—Introducir la clave. ¿Y el circuito cerrado de video?

—Desactivado y sin nada grabado —contestaron los agentes—.

—Lo suponía. Gracias.

SV volvió a la vivienda y tras un recorrido visual abrió varias puertas, la segunda era un despacho. Estudió todos los documentos que fue encontrando hasta detenerse en unas hojas ordenadas por fechas y apuntó algo en su bloc. Después volvió a dejar todos los documentos como estaban. Cuando volvió al garaje ya



habían retirado los cuerpos y los plásticos de los servicios médicos. Se cambió los guantes y entró con cuidado, se sentó con bastante dificultad en el borde del asiento del conductor para inspeccionar detenidamente todo el habitáculo antes de que entraran los de científica. No había señales de lucha encarnizada, ni rotos ni desperfectos que hicieran suponer puñaladas desviadas por la víctima al defenderse. En cambio había mucha sangre en el respaldo y el asiento del conductor, demasiada tal vez. Probablemente la muerte había sido instantánea a la primera cuchillada, las grotescas heridas que había visto en el cuello de la víctima habrían sido infligidas con ensañamiento. O para despistar del hecho de que el homicida sabía producir la muerte instantánea, algo nada fácil para cualquiera. Al volverse para examinar la parte de atrás comprobó que apenas tenía espacio para mover las piernas, y el volante le impedía incluso girar completamente el torso. Ya salía del vehículo para dejar trabajar a sus compañeros cuando al agacharse descubrió un objeto bajo el asiento.

— ¿Alguien me pasa una Polaroid? Y unas pinzas, por favor.

Saliendo del coche disparó tres fotografías con la Polaroid, una cogiendo el asiento completo del conductor, la otra desde un poco más lejos enfocando el hueco entre el asiento y el volante. Se agachó junto al coche, enfocó bajo el asiento y disparó, seguidamente tomó las pinzas y rescató el objeto que acababa de fotografiar, era un cilindrito, como un

pequeño lápiz, de unos seis centímetros de largo por uno y medio de diámetro. Lo depositó en una pequeña bolsa para pruebas, la selló y dio por finalizada su inspección. Al devolver la máquina y las pinzas, alzó la bolsita y dijo a los de científica:

—Por favor, que además de las huellas se analice el ADN de esto con carácter prioritario, es muy urgente comprobar si es o no de la víctima, ¿entendido?

Asintieron sus compañeros y pusieron manos a la obra entrando en el vehículo.

Finalmente SV salió a la calle y se dirigió a Santos que estaba organizando las fotos tomadas, le entregó las dos que él mismo había hecho para que las numerase y uniera al expediente y le sugirió:

—Diles cuando acaben los compañeros de científica que no es necesario que pierdan el tiempo en la vivienda ni en el cuadro de códigos de la alarma.

— ¿La alarma no?

—No. Pero que peinen la puerta metálica de entrada en busca de huellas, trozos de tela, etc. Como si alguien hubiera saltado de dentro hacia fuera. Y ahora dime: ¿Dónde está la persona que encontró a la... las víctimas?

Santos, aun perplejo por la seguridad de su jefe inmediato, indicó un furgón que se perdía en la esquina.

—Se la lleva la psicóloga a comisaría, va cargada de infusiones relajantes y pastillas.

— ¡Joder! Podrían consultarme al menos. ¿No te parece?

—La asistencia humana está antes que tu pericia, querido *Holmes*.

—Vete al cuerno. Me voy a comisaría a interrogar a la mucama, quédate por aquí cuidando que nadie la pifie, luego nos vemos.

Había dado ya tres pasos cuando se volvió de nuevo hacia Santos.

—Me olvidaba, ¿sabes si alguien ha movido el asiento del conductor? —preguntó señalando el Mercedes.

—Salvo la asistenta, y lo dudo mucho, nadie ha tocado el coche salvo los dos médicos que han practicado la cesárea de urgencia y te aseguro que no lo han hecho.

— ¿Has estado en todo momento ahí?

—Sí, ¿es importante SV? —Asintió éste y Santos amplió la información—. Los médicos han llegado dos o tres minutos después que yo y no les he perdido de vista, solo han tocado a la víctima para posicionarla como la has visto al llegar, y el asiento del acompañante lo han tumbado un poco, supongo que para poder trabajar mejor en el abdomen, cuando han terminado han retirado todos los plásticos y posicionado de nuevo el asiento como lo encontraron, todo ello con guantes y bajo mi supervisión en todo momento.

SV se juntó en la verja con Fuster, el forense, que le informó que realizaría las autopsias de inmediato.

—Oye Fuster, los médicos me han dicho que el niño falleció probablemente al mismo tiempo que la madre. ¿Lo corroboras tú con un primer vistazo?

—Sí, el niño no murió por la falta de vida de su madre sino por la suya propia, al igual que ella el bebé fue asesinado. Ha sido agredido desde el exterior con un objeto punzante, en una hora podré darte detalles precisos, ahora tengo bastante trabajo que hacer, te llamo luego SV.

Quedaron en hablar a última hora de la tarde o a primera de la mañana siguiente. Por su parte el juez y la secretaria ya se perdían en el coche oficial de vuelta a los juzgados. Ya sin la sirena, SV tardó algo más de media hora en llegar a la comisaría.

Cristóbal le miraba expectante preguntándose por qué había vuelto tan rápido. ¿Sería un caso evidente y sencillo? SV se sentó y cruzó las piernas, esperó unos segundos y luego soltó:

—Ha sido una mujer que conocía a la víctima, o bien ésta confió en la asesina hasta el punto de permitir que la llevase hasta su propia casa e invitarla a entrar. El embarazo de la víctima es el móvil del crimen.

El comisario se levantó y señaló a SV con un índice tan tieso como el cañón de una pistola, pero no dijo nada. Estaba asimilando las afirmaciones, no sabía si sentía asombro, escepticismo o admiración. No le era

desconocida la pericia de SV, eso desde luego, pero hasta el momento jamás había sido tan rápido en llegar a conclusiones tan contundentes.

—Por cierto, jefe, la asesina es bastante ágil, saltó la verja de la entrada para abandonar la escena del crimen. Son casi tres metros de altura.

— ¿Cómo...?

—Se lo explicaré en el primer informe, lo tendrá mañana a primera hora, no antes de que haya hablado con Fuster, ahora si me disculpa voy a interrogar a la asistente que descubrió la carnicería.

— ¿Está descartada?

—Como autora, sí.

SV abandonó el despacho del comisario y bajó a la planta baja donde tenían a la asistente sentada cómodamente en un sofá, a la espera de que el inspector a cargo del caso, es decir él mismo, la tomara declaración.

— ¿Podemos comenzar, Irene? —Preguntó a la psicóloga.

—Ah, SV, ¿te ha tocado el caso? Oye, ¿no podrías esperar a mañana? Gladys está muy afectada.

— ¿Te parece bien que dejemos pasar el tiempo en este crimen atroz y despiadado? ¿Y a usted, Gladys?

La asistente se irguió de pronto negando con la cabeza. SV la ayudó a levantarse y bien sujeta la llevó hasta la sala donde esperaba un compañero a los controles del

equipo de grabación, la sentó en una silla y se puso frente a ella.

—Bien, Gladys, veo que ha entregado ya sus documentos a mi compañero. ¿El domicilio y todo lo demás está actualizado? —La latina asintió.

SV comprobó en la pantalla del ordenador que todo estaba en orden, los allí presentes identificados, así como constancia exacta del día y la hora. Satisfecho, hizo una seña a su compañero para que pusiera en marcha el programa de grabación y conversión de voz en texto.

—Pues ahora, despacio y procurando recordarlo todo, dado que cualquier detalle es importante, relátenos lo que ha hecho esta mañana desde que salió de su casa para ir al trabajo hasta que encontró a su jefa.

La mujer, de unos 50 años, piel oscura y varios kilos de más que su corta estatura acentuaban, miró al vacío y comenzó a hablar.

—Pues me ha extrañado mucho que la señora no estuviera levantada...

—Un momento, un momento —la cortó SV—, desde que se ha levantado usted en su casa, por favor, señalando horas, costumbres, etc. ¿Entendido?

La mujer asintió y comenzó de nuevo, esta vez no miraba al vacío, sino a SV.